

—¿Quién anda por allí?— preguntó la señora incorporándose, asustada, en su lecho.

A lo que contestó mi vecino, concibiendo una idea salvadora:

—Soy la chivita, mamá. . .

Lina es menuda y apretada como una escobilla para peinar. Parece muy tierna todavía, pero yo creo que es como el machito del indio: chiquita y cargada de años. Tiene una idea inocente respecto a nosotros: nos cree muy ricos porque en la tienda hay un depósito de petróleo, cuyo líquido se extrae con una bomba de mano y ella piensa que es un pozo abierto en la tierra, como los que ha oído decir que existen en algunas regiones del país.

—Mientras tengan los amos esta minita no les faltará el dinero, ni yo dejaré su servicio —dice maliciosamente, cual si estuviera en el secreto de algún oculto tesoro.

Aurelia es una campesina joven, huraña, de ojos acerados y de unos colores tan vivos, que parece que por todos los poros le va a brotar la sangre.

Un día me vió brincar y correr persiguiendo a mi hermana, con ese regocijo inusitado que sólo da la juventud, y esto bastó para que ella formara su juicio respecto a mí.

—El señor es terrible— dijo, huyendo de mi presencia como de la del diablo.

—¿Porqué te aprietas tanto el corpiño?— le pregunté una vez a quemarropa. Y ella exclamó, sin mirarme siquiera.

—¿A usted que diantres le importa?

Desde entonces nunca más me dirige la palabra, y a la hora de comer me sirve, de extremo a extremo de la mesa, las tortillas y los platos.

Una mona y un perico, ambos también de mi hermano, ejercitan funciones de sirvientes. Cuando tocan el zaguán el loro pregunta desde su estaca:

—¿Quién es?— Al oírlo, la mona corre a la puerta y con muchos trabajos la desatranca y entreabre, cerrando nuevamente de golpe, si el que ha llamado es un chico, y abriendo de par en par, si es una persona mayor. Nuestros visitantes prefieren ya entrar por la tienda para no encontrarse con ujier tan extraño.

Mi casa es tranquila, salvo los ruidos peculiares en toda casa de pueblo. En las mañanas, temprano, la escoba pasa por los corredores con su rumor de enagua almidonada; las gallinas cacarean en el corral, lo mismo que las muchachas en el atrio, cuando salen de misa; la mujer del metate al extender las tortillas aplaude con entusiasmo, como cantadora de flamenco, y el loro, a veces, para congraciarse con Dios, canta el Corazón Santo.

Suele mi hermano sentirse nostálgico de la metrópoli y mientras andurrea por la casa, en mangas de camisa, arremete con trozos de viejas zarzuelas de un modo tan desentonado, que si canta La Viejecita se confunde con El Señor Joaquín. Los animales se desasosiegan oyéndolo, y lo miran con ojos interrogadores que parecen decirle: ¿por qué lloras, amigo?

¡Ruidos, ruidos hogareños del amanecer que sirven de despertador; ruidos meridianos de trasiago doméstico; ruidos laxos del atardecer que buscan un último acomodo —aves, céfiros, niños—; ruidos discretos de la lluvia sobre los tejados, a la media noche, que hacen amable el refugio de las sábanas y que son el comentario sinfónico de un mundo que aprisiona mis grandes sueños y mis pequeñas esperanzas!

PARROQUIANOS

Los clientes de mi tienda se dividen así: hombres de mucha entidad que prefieren tratar sus negocios con mi padre y que a mí me ven con cierto desprecio, principalmente cuando hablan de la cosecha del ajonjolí o del peso y pelaje de sus novillos, y la caterva de los centaveros, regatones del mercado, criadas engreídas y chicos de la escuela oficial que buscan mi trato porque, a espaldas de mi padre, les fío cuanto me piden, con tan buena fortuna, que han sido pocos los insolventes. Tengo también los domingos otra clase de marchantes: peones y campesinos de los ranchos cercanos a quienes sirvo de secretario, de consejero y, a veces, hasta de médico.

Mientras Miguel el albéitar de Chupio, se toma una copa de mezcal, me dice:

—Hágame una carta de segunda para Juanita, porque no he recibido respuesta de la primera, y guérvale a decir aquello que desde el feliz momento que la vide. . .

Sirvo a Juanita también de amanuense y cuido de aconsejarla que no apresure las respuestas:

—Déjalo que se potree un poquito para que se enyerbe más.

Don Merced, el viejo de Upánguaro, baja los días festivos con su más limpio calzón y su camisa más planchada, trayéndome ya el tambacho de nísperos, ya el manojo de frescas azucenas porque me tiene en grande estima. Me llama su compañero, su amigo del alma y me dice que se siente más cerca de mí que de nadie, no obstante sus setenta años que le han llenado de escarcha el pelo. ¿Motivo? El de hacer versos como yo, aunque no los escriba, y cuando viene al pueblo me los recita para que se los traslade al papel. Jamás oso corregíselos, siendo quizá éste, el secreto de nuestra gran armonía. Yo trazo fielmente lo que él me dicta, y nada más:

Díjome una mariposa
que no juera bandolero,
que no me casara chico
y viera el mundo primero.

—Muy bien, don Merced.

—Oiga, oiga:

Le dije a una mariposa
de las que hay en el Parián,
si no jueras cautelosa
jugaríamos un cunquián
con una baraja hermosa.

Muchachitas de Cuichán,
muchachos hijos de Adán
los que nacen por Aborto,
ya si sobra me darán
que a cabo yo poco importo,
como dijo El Pato.

—Inspiradísimos.

Y él me contesta muy ufano:

—Tienen su sustancia filosófica, ¿eh? Pues le voy a empujar otros:

¿De qué nos sirven topacios de oriente
si no tenemos buril para bruñirlos?

¿Y de qué nos sirve la voz del Presidente
Si no tiene nunca la piedad de oírnos?

Algunas veces he subido a su rancho, al pie de la sierra, para recrearme en su huerto y para admirar de cerca un Cristo que tiene dentro de una troje y al que le ha horadado las costillas acomodándole debajo una asadura de carnero, que hace más humano al Señor, según don Merced afirma. También me he bebido en su casa algunas copitas de un vinillo que él mismo elabora, y cuya botella tiene la leyenda: Vino de quince sabores y treinta más para tomarlo con soleta fina.

En las horas que preceden a la comida estoy solo en la tienda, y las aprovecho para despachar mis asuntos de evangelista y para resolver las consultas que me hacen.

Silverio quiere saber si puede casarse con sombrero de bola color café, porque no tiene otro. Aprobado.

Zenón me rogó que le buscara un nombre bonito para bautizar a su primogénito. Pónle Bayardo, le dije, y Bayardo Gudiño se llama el muchacho, quien acaso no tenga en la vida más tacha que su nombre.



LIBRO ALQUILADO

Mi parroquiano más asiduo era el chino Jiménez. Llegaba a la tienda acicalado, eruido y decidido, y salía de ella mustio y torpe después de exonerar los frascos del agraz. Pero como el vino le inspiraba ideas tétricas y hablaba siempre de quitarse la vida, un día se me ocurrió probarlo y puse a su alcance, sobre el mostrador, una pistola. El chino me miró con ojos atónitos, movió lentamente la cabeza, quizá para sacudirse las ideas trágicas, y con voz desgarradora me dijo:

—Yo creí que usted era mi amigo.

Desde entonces no ha vuelto a poner los pies en mi casa.

Algunas veces se agrupan en torno mío, para oírme leer, gentes humildes, de inteligencia inculta, pero de fácil comprensión: Jesús el tablero, Lázaro el cargador; un pequeño limpiabotas, a quien apodan La Serrucha, y doña Lupe, la que vende pozole junto a la puerta de la cárcel y deja abandonado el puesto por no perder una sola sílaba de la lectura. Leí "Los Miserables", de Víctor Hugo, a tan selecto auditorio. Todos lloramos al final, en la muerte del señor Magdalena, y cada quien expuso su comentario:

La Serrucha —por favor güélvanos a ler lo de Gravoche.

Jesús. —Quisiera que resucitaran todos para conocerlos.

Doña Lupe. — ¡El señor Madaleno fué un santo y yo le rezaré en las noches, como a San Dimas!

No despego los ojos del libro, ni me cuido para nada de los marchantes.

—Cuartilla de almendras.

—No hay.

— ¡Allí están, en aquel pomo!

—Sí, pero no las vendo— grito indignado porque me interrumpen en lo más emocionante del relato. Y el comprador se sale despavorido, pensando que me he vuelto loco. . .

A mi padre no le agradan estas lícitas expansiones y me repite siempre lo mismo: El que tiene tienda que la atienda, y si no, que la venda.

LA TERTULIA

Llega mi compadre Perea, coloca sobre el mostrador su sombrero que tiene más grasa que una paila, tuerce un cigarrillo de hoja, humedeciéndolo con la lengua, y me suelta la misma pregunta de todos los días:

—¿Hay algo de nuevo, compadrito?

Yo sigo llenando alcatraces de arroz y le respondo con las palabras de rutina:

—Lo que usted me cuente.

Es mi compadre un hombre de cuarenta años, de cuerpo desgarbado y contrahecho, cuyas deformidades se acentúan más con el desaliño que tiene para vestir, pues la chaqueta apenas le cubre el trasero y los pantalones de tabuco exhiben un par de piernas, delgadas y nudosas, como sarmientos. Una boca grande y gruesa, de un vivo color de sandía; unos dientes blancos y limpios, como granos de maíz tierno; un bigote que parece un helecho salvaje y unos ojos inteligentes y expresivos, podrían completar la filiación de Perea.

Ha sido boticario y fabricante de productos químicos, e inventor de unos sinapismos* de mostaza —que por lo que pican deben ser de mostaza inglesa— y de unos bizcochos purgantes, tan inofensivos, que su chico Tintín se comió media docena de ellos sin que una sola vez hubiera deyectado no obstante las carreras y los aspavientos de su progenitor. Perea se dice liberal y enemigo de los curas, pero esto es mentira. Es un liberal teorizante, como tantos, que carecen del valor civil para confesar su admiración por las clases elevadas. Es de los que defienden los privilegios, las categorías sociales y la ilimitada autoridad de los amos, y repudian todo lo que huele a revolución, considerándolo como un crimen contra el derecho de los ricos. Acaso sean más ingenuos sus sentimientos anticlericales porque un cura

*Consultar Glosario.

bañó al padre de Perea en la pila de la plaza, castigando cierto epigrama ofensivo, y lo sumió tantas veces en el agua, cuantos versos tenía la composición.

Con Perea discutimos diariamente sobre cuestiones políticas y jamás llegamos a un acuerdo. Si me tilda de jacobino, yo a él de mocho; si censura los actos de la Revolución, yo le echo en cara todos los crímenes de la realeza, ¡que para algo he leído a Dumas*! Cuando argumento bien y mi compadre se siente perdido, busca el apoyo de don Rutilio, y los dos me acometen y me acorralan. Entonces yo acudo a Brunito y ambos defendemos con tal entusiasmo nuestra causa, que la tienda, poco a poco, se llena de curiosos escuchas.

Don Rutilio es un viejo inteligente, asiduo a nuestra tertulia y, como Perea, impugnador del nuevo orden de cosas. Administra una hacienda cercana, cuyo nombre es Pino Solo; por esto y por sus ideas aristocráticas le dicen en el pueblo el Marqués de un Solo Pino.

Don Rutilio tiene una cultura forjada a base de periódicos; contados libros ha leído, pero su memoria puede competir con la que atribuyen a Don José María Iglesias, y aprovecha cualquiera oportunidad para demostrarlo:

—Eduardo VII fué coronado el 9 de agosto de 1902.

—Astracán es un puerto del Mar Caspio.

—Don Porfirio nació en 1830.

En cuanto a Brunito, el farmacéutico del portal de abajo, sí piensa como yo y defiende a capa y espada los procedimientos de la Revolución que tanto disgustan a nuestros contertulianos. Bruno habla siempre sin alterarse y en sus labios delgados florece fácilmente la ironía, ventaja que a la hora de la polémica lo hacen superior a nosotros. Su cara lampiña y roja, como una manzana, tiene cierto aire femenino, pero llegada la ocasión, Brunito es hombre a carta cabal. ¡Cómo deben odiarlo los sombreros, pues hace más de treinta años que no usa en la cabeza ni una mala gorra!

*Consultar Glosario.

Nuestras discusiones son por el tenor siguiente:

—Villa es un bandido— me grita Perea.

—Y Carranza un viejo traidor que tenía preparado un levantamiento contra Madero, y la muerte de éste lo salvó— agrega don Rutilio.

—El asesinato del mártir Madero— querrá usted decir —que fraguaron los obispos en la gran Dieta de Zamora, con beneplácito de los capitalistas michoacanos, quienes después ofrecieron dinero a Huerta— las treinta monedas de que habla la Biblia— y los católicos celebraron con iluminaciones, músicas y cohetes. Si no, que lo diga Jiquilpan.

Don Rutilio sonríe con desprecio, preguntándonos escépticamente.

—Pero, ¿para qué ha servido la Revolución?

—¡Para que los peones coman, para que los maestros se multipliquen en las ciudades y en los campos, para que los explotadores del pueblo, negreros de apellidos ilustres, se larguen del país! Y, sobre todo, para que usted tenga libertad de discutir estas cosas sin que lo lleven a la cárcel, como en la época de don Porfirio.

—Sí, sí, y para que los tontos se lo crean y gobiernen los audaces y vivan sin trabajar los sinvergüenzas.

—Como en todos los tiempos, amigo. . .

La voz de mi padre es la única que tiene poder para aplacar estas tormentas.

¡Líbrenos Dios de que sólo el tema político sirva de pasto a nuestras conversaciones! Los tertulianos no hubieran vuelto a mi tienda, o yo les habría ya tirado con las pesas de la romana.

El mostrador de una tienda es el rompeolas adonde van a morir todos los chismes de un pueblo. Se despedazan honras, se censura al Gobierno y se cuentan esas mil

y una naderías que sirven de entretenimiento social, cuando se reúnen más de cuatro personas.

—¿Sabén ustedes lo que se dice?— pregunta alguno.

—Que el Presidente Municipal mandó poner este letrero en el jardín: "Se prohíbe la caída de las hojas".

—Esas son plantillas, pero no me sorprenden. Ya otra ocasión empleó en un bando la palabra pederastras en lugar de peatones, porque pareció más fina.

—¿Y no vieron anoche en la plaza a Rosario la hija del tejero? ¡Qué guapa estaba!

—Dicen que se dedica a un comercio escandaloso.

—¡Mejor que mejor! La fruta picada por los pájaros es la más sabrosa.

—Timoteo tiene un chico enfermo. Yo creo que se le muere.

—Pues no le hará mucha falta porque cuenta con once. La mujer parece carabina de dos cañones: suelta un tiro y le queda otro en la recámara.

—Y todos son bastante pazguatos, ¿no?

—Menos Pedrito que siquiera sabe escarbarse la nariz. Los otros ni eso discurren y andan con los poros taponados y respirando por la boca, como los anfibios.

—¡Qué criada tan fea tiene Don Conrado!

—Fea y todo, pero con un tompiate en la cabeza bien que le sirve. Dicen que por las mañanas entra al cuarto de su amo y le pregunta muy mimosa: Señor, ¿qué traigo, ¿el tompiate, o el chocolate. . . .?

—Oiga, compadre Perea, ¿es cierto que para irse a su casa da usted un rodeo muy largo, con tal de no pasar por la Bola Roja? Dicen que el loro del mesón es su enemigo personal y que cada vez que lo ve, rompe a gritarle: ¡Adiós, boticario pen-dejo!

Perea se pone rojo de rabia y, como es verdad lo del rodeo y lo del loro, quiere devolverme la burla rápidamente.

—¿Y es cierto, compadrito, que cuando usted llegó a Tacámbaro no tenía más que lo puesto, y que se ha levantado vendiendo mantecas rancias y vinagre en lugar de vino?

—Así es, compadre, pero su flecha no dió en el blanco. Llegué a este pueblo sin nada, y aquí he prosperado, trabajado y ahorrado —óigalo usted bien— en un combate diario contra mi natural holgazán y dispendioso. Mire usted, gusto de la buena ropa y me visto de dril; en mis dedos lucen por sortijas las señales del saca-clavos y del martillo; mis hombros se duelen bajo el peso de los tercios de azúcar, que hay que entregar a los clientes; ¡y todo por defender los diez centavos que cobra un cargador!

Perea se ha calmado como por encanto y escucha sonriente, mientras yo prosigo:

—¿Diversiones? ¿Paseos? No tengo ninguno. Cuando cierro la tienda, por las noches, me acomodo en el banco más oscuro de la plaza y un puñado de cacahuates me sirve de entretenimiento, mientras las gentes giran alrededor del jardín, como bestias de noria incansables. ¡Quizá todos sean más felices que yo que, a esa hora, me despojo de mi espíritu de comerciante y entro en el país de lo etéreo, de lo lejano, de lo absurdo! A veces pienso que las mismas estrellas se burlan de mí, y que, mirándome divagar, me hacen guiños maliciosos con sus ojos glaucos.

—Bonito discurso —interrumpe mi padre— pero hace media hora que este chiquillo está pidiendo una vela, y no lo despachas.

—Sí, papá, pero también es justo que pregone que en Tacámbaro he prosperado. ¡Esta tierra generosa se vuelve pan para dar de comer al hambriento!

Enmudezco, de pronto, porque noto que el chico de la vela, ladinamente, se salió sin pagar. . .

PARENTESIS RETROSPECTIVO

EFEMERIDES*

Cuatro años pueden ser un instante teológico, quizá fueron un solo día del paraíso; pero en la vida de un hombre, cuatro años forman una larga cadena difícil de olvidar. En cuatro años los caracteres se modifican, se tuercen las inclinaciones, los hábitos arraigan o cambia totalmente el ritmo de una existencia. Tengo el ejemplo en mí mismo: fui un iluso embriagado por el éxito de un instante: creí que mi porvenir descansaba en la política, en las letras o a la sombra de los altos amigos; me pareció muy fácil trepar por la escala de Jacob, pero no tuve el discernimiento necesario para comprender que el impulso radicaba fuera de mí, en un hecho exterior y reciente: la Revolución. La Revolución que en su primera sacudida mezcló nuestras capas sociales y despertó en los de abajo la esperanza de una igualdad por tanto tiempo ambicionada. En este remolino yo fui de los primeros que ascendieron. Entonces, los ricos me agasajaron, y esos personajes que acaparan el talento del mundo, esos pavos reales embaídos que se creen poseedores de la suprema verdad, tan sólo porque ocupan algún puesto público, me hicieron el obsequio de una de sus sonrisas. ¡Valgo mucho! —pensaba yo, engreído por tales distinciones. Pero vino la bancarrota de la democracia y tuve que bajar de prisa los escalones que tan rápidamente había subido. Y llegaron horas tristes de miseria y desencanto. Carencia de lo más precioso: pan y fe. En tales momentos de amargura no pasaron lista de presentes ni los amigos de arriba, ni los viejos camaradas de placer, ni siquiera los que se decían atados a mí por un perenne lazo de agradecimiento.

Fuí sobrestante de una fábrica con un peso al día por todo salario, pero el dueño me despidió porque los peones no me respetaban, atentos más a jugar rayuelas que al trabajo.

Fuí memorialista pródigo en ripios oficiales, conocí el suplicio lento de las antepasadas y soporté el desdén orgulloso de los porteros de Palacio.

*Consultar Glosario.

Fuí asiduo espectador de la naturaleza en un jardín público, a donde me llevó la idea desesperada del suicidio; pero el día en que tal cosa ocurrió, mi pensamiento se entretuvo mirando trabajar a una araña su tela de hilos invisibles sobre las verdes hojas de un laurel.

Ya mi espíritu enervado por la holgazanería no pensaba sino dislates, cuando un amigo me detuvo en la calle y me dijo:

—Tengo una casa de comercio abandonada en Tacámbaro; si usted quiere trabajar se la fío.

Acepté al instante; corrí presuroso para comunicar a mi familia tan fausta noticia y, pocos días después, bajé la cuesta del Canelillo a horcajadas sobre un humilde jumento, con el alma henchida de alegría y un asombro infantil en los ojos. Las casas del pueblo apretábanse a mis pies como un rebaño de ovejas sesteando bajo los aguacates, y las grises montañas de Tierra Caliente me dieron la impresión de dromedarios que caminaban en un lejano desierto.

¡Cuatro años, mil cuatrocientas sesenta hojas desprendidas de un calendario trivial en cuyo reverso quedaron impresas efemérides, anécdotas y observaciones sin valor de uno de tantos lugareños! Y digo sin valor, porque ¿quién da importancia a estas pequeñeces de pueblo, que solamente dentro del pueblo mismo tienen importancia?

Nos causa más desazón saber que tenemos un apodo, que la noticia de que Bélgica fué invadida por el orgulloso prusiano.

Manuel, mi vecino, lleva un lazo negro en la chaqueta por la muerte de su perro Terror. En cambio, el día en que sepultó a su padre estuvo en la serenata, sonriendo a la novia, tras el embozo hipócrita de su tilma. El pueblo entero estalló de indignación y desde entonces nadie saluda a Manuel, ni hay vecino que al encontrarlo ose dejarle la acera.

El hijo del Presidente Municipal se jacta de que no le gustan los libros y de que desprecia a las gentes que se emocionan con ellos.